

Dos poemas

Marcos Aguilar

PALESTINA

A Silencio,
mujer de mis imposibles.

Caminar sobre los días rojizos, calientes, con un viento lleno de cenizas y pedazos de piel bailoteando, temblorosos, entre plomos y puñales.

Girar en las esquinas con las manos ahogando los bolsillos, descubriendo las calles mutiladas, con concretos entintados de un color rojo de sangre, de amor, de patria; de impotencia y rabia, que esperan, amortajadas por vuelos de palomas que nunca más sabrán volver, a que alguien las recoja.

Patear la hojalata, descubriendo entre adoquines los pinceles rotos de un joven pintor que me observa en blanco y negro, anunciándome que acaba de morir.

Cruzar los vecindarios y observarlos tristemente ocres, sepias o amarillos, atravesados por niños sin sonrisas, vacíos, sin pelo, sin ojos que observen las estrellas brillando en lo profundo de la noche donde se escucha en algún lugar desconocido para mí, las voces prolongadas y el canto de las almas rotas de viejos pescadores.

Esquivar la carrera de un hombre violentado que persigue tras los perros su única locura.

Y pensar... que se vive a diario con la muerte.

Sentir mis manos en busca de los cigarrillos mientras en algún hotel cercano, lleno de mentiras y olores olvidados, alguien mata a la buena prostituta, grasienta y asquerosa, que nunca ha sido motivo de una flor... o un poema.

El continuar andando con el temor de hallar, en polvoriento callejón, los restos de alguien que no concluye en poner sobre su cuerpo toda la mañana.

El resoplar del buey herido, el de las fiestas domingueras, confundándose en mi pulso.

El pisotear los comics ya leídos, botellas, lentejuelos olvidados y algún montón de sangre que anuncia que un desconocido no alcanzó a nacer.

Son las tres de la mañana y repito el preguntar a las farolas, a las cantinas solitarias, a mi estómago vacío: ¿Cuántas bocas tendrá la muerte, para besarlo todo, o es dueña precisa de un beso gigantesco y fragmentario?

El seguir dudando, hablando a solas, con el deseo profundo... de ya no continuar.

DE CUANDO PRETENDÍ SANAR CON LA SENSIBILIDAD DE UN BESO

A Silencio,
mujer de mis imposibles.

Tal parece que es una fiesta y tú una de las invitadas. Tu vestido largo y negro refleja una noche que se promete, entre los árboles, inclementemente fría.

Casi al entrar a un pórtico de piedra —que al espacio da seriedad y elegancia—, cae de la altura una gota de agua cristalina. Su caer lo observo como en cámara lenta y tarda más de un mil eternidades en romperse sobre la piel expuesta de tu espalda, en una infinitud de fragmentos, que transportan, gozosos, trozos de luz. Al sentirla, giras tu rostro sólo para descubrirme dispuesto a sanar, con la sensibilidad de un beso, la pequeña herida hecha por otra travesura del universo. Sonríes mientras me atrapas con un discreto perfume que emana de tu cuerpo. •

MARCOS AGUILAR es profesor investigador adscrito al Departamento de Atención a la Salud en la UAM-Xochimilco. Correo electrónico: jaguil@correo.xoc.uam.mx